

UNA BIOGRAFÍA

TOMÁS DE AQUINO

A LA LUZ DE SU TIEMPO

JOSÉ EGIDO SERRANO

EE
ENCUENTRO

BIOGRAFIAS

Ensayos
277

JOSÉ EGIDO SERRANO

Tomás de Aquino
a la luz de su tiempo

Una biografía



© 2006
José Egido Serrano
y
Ediciones Encuentro, S.A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07
www.ediciones-encuentro.es

«Un libro sobre Tomás de Aquino puede parecer un abuso, porque ya es abundantísima la literatura sobre su obra y doctrinas. Bajo otros aspectos puede tacharse de osadía, pues su figura e importancia histórica ya han sido presentadas por autores de relieve. Sin embargo, con independencia de su resultado, un libro sobre su persona es siempre una necesidad» (Gregorio Celada, *Tomás de Aquino, testigo y maestro de la fe*, Salamanca 1999, p. 9).

«Somos como enanos subidos a espaldas de gigantes. Gracias a ellos, vemos más lejos que ellos. Las formas de su pensamiento, desvaídas por la vejez, nosotros las revitalizamos infundiendo en su contenido una cierta novedad» (Pedro de Blois, s. XII, *Epístola 92*, P.L. 207, col. 290).

«Tomás de Aquino sería el último que hubiese deseado cualquier forma de ‘canonización’ o incluso ‘absolutización’ de su teología. Dentro de ciertos límites, era totalmente consciente de la contextualidad de los dogmas y, por ende, de su relatividad. Apenas hay otro que encarne como él la contemporaneidad de la teología, una teología en activa relación recíproca con las grandes corrientes espirituales de su tiempo, una teología que sólo así puede aportar su propia contribución... Un tomismo, en cambio, que sólo repite tesis estérilmente, sigue dando ladrillos allí donde debía saltar la chispa del espíritu» (Hans Küng, *Grandes pensadores cristianos*, Madrid 1995, p. 121).

ÍNDICE GENERAL

Agradecimientos	15
Introducción: INTENTANDO LOGRAR UNA ÓPTICA ADECUADA	19
París, primavera 1274.- Un silencio enigmático.- Las dificultades normales de la vida (y quizá unas pocas más).- Una aporación trascendental.- El factor humano.- Lo biográfico.- No la «doctrina», ni el «sistema», sino la «posición intelectual».- Las fuentes.- Escritos, «Vidas» y otras fuentes primarias.- Literatura secundaria.- Importancia del contexto.- Inmerso en la temporalidad, y trascendiéndola.- ¿Interesarse hoy por un personaje medieval?- Recuperar un patrimonio hipotecado.- Sin nostalgia ni ira.- Tomás, intelectual y, por tanto, testigo de lo común humano.	
Capítulo 1: EL MUNDO DE LA INFANCIA DE TOMÁS (1225-1230)	55
<i>1. Lugar y fecha de nacimiento de Tomás</i>	55
Discrepancias no fundamentales.- ¿1224, 1225 o 1226?- ¿Aquino o Rocaseca?	
<i>2. La familia de Tomás</i>	61
El padre.- La madre.- Los hermanos varones.- Las hermanas.	
<i>3. Raíces latinas y cristianas</i>	68
Cultura latina.- Cristiano.	

4. El contexto histórico-social	72
El Medievo.- Edad Media plena.- Una época decisiva.- El sistema feudal.- El contrato vasallático.- El ideal caballeresco.	
Capítulo 2: CABALLEROS NOBLES Y GUERREROS	
EN UNA SOCIEDAD FEUDAL Y UNA ÉPOCA AGITADA	89
1. Circunstancia histórica, intrahistoria familiar y «hábitat mental»	89
Lo histórico y lo familiar.- Universo social, «imaginario familiar» y expectativas.	
2. Linaje nobiliario y raíces históricas	95
Los Aquino: longobardos o lombardos.- Los Chieti, normandos.- Los vikingos o normandos.- El reino normando de Sicilia.- ¿Conflicto de fidelidades?	
3. Alta tensión política: El Papado y el Imperio	107
La pugna por la supremacía entre el Pontificado y el Imperio.- El Imperio: legitimación simbólica e ideal y base material.- El poder del Papa y de la Iglesia.- Un conflicto permanente.- Corrupción y reforma.- Gregorio VII y el « <i>Dictatus Papae</i> ».- Hacia un equilibrio difícil e inestable.- Los Hohenstaufen frente al Papa.- La política de Federico II y la lealtad de los Aquino.- Vida cotidiana, feudalidad y guerra.- La posición de los Aquino: fidelidad, conflicto, habilidad.	
Capítulo 3: TOMÁS EN MONTECASINO (1230-1239)	143
1. Tomás en Montecasino (1230-1239)	143
Una decisión paterna.- Montecasino.- La vida en el monasterio.- Los oblatos.- La educación de Tomás.- Preparación monástica.- Un monasterio prestigioso.	
2. ¿Una infancia dañada?	154
Expectativas e intereses.- ¿Apartado del mundo?- Cuestiones afectivas y de constitución del yo.- Confianza básica y optimismo antropológico.- Pulsiones, obsesiones y equilibrio.- ¿Sin padre ni madre?- Represión, sublimación, integración y productividad.- ¿Una personalidad bien integrada?	
3. Los monjes, la conversión, la corrupción y las reformas	172
De 1230 a 1239.- Una vida que asciende.- Cotidianidad, caída y crisis.- Una reforma permanente.	

Índice general

Capítulo 4: NÁPOLES (1239-1244):	
EL DESPEGUE ADOLESCENTE	185
1. <i>Fuera del monasterio</i>	185
Una decisión ajena y otra propia.- Un mundo que muere y otro que despunta.	
2. <i>Nápoles (1239-1244)</i>	192
Una ciudad antigua, bella y rica.- La Nápoles del siglo XIII.	
3. <i>La vida en la ciudad</i>	197
Del feudalismo agrario a la urbanización.- Ruralización, inseguridad y sistema feudal.- Desruralización: del castillo a la ciudad.- La burguesía y la nueva sensibilidad.- Incidencia en la conciencia de Tomás.- Hacia la secularización de la piedad (y de lo que la rodea): la catedral en el entramado de callejas.- Tomás en un mar de dudas.	
4. <i>La Universidad</i>	211
Las universidades en Europa: la búsqueda de una creciente autonomía.- La peculiaridad de la Universidad de Nápoles como « <i>Studium generale</i> » del Reino de Sicilia.- Tomás en la Universidad de Nápoles.	
5. <i>La vocación: buscar la verdad, disfrutarla y difundirla</i>	218
Dudas más concretas concernientes al proyecto de vida.- La verdad que hace feliz.- Nuevos caminos espirituales. Los hermanos mendicantes. Francisco de Asís.- Tras las trazas de Domingo de Guzmán.	
Capítulo 5: UNA DECISIÓN TRASCENDENTE	
Y CUESTIONADA (1244-1245)	233
1. <i>Dominico</i>	233
El contexto familiar de una decisión.- «Sal de tu tierra nativa y de la casa de tus padres».- Un mundo necesitado de la luz de Cristo.- Una comunidad de hermanos a la altura de los tiempos. Los «hermanos» de Domingo de Guzmán.- Un modo de vida nuevo.- Hermanos sin posesiones, mendicantes.	
2. <i>Dificultades familiares, secuestro y retención</i>	246
Disconformidad y secuestro.- Cautiverio.- Liberación.- Un destino sin fronteras.	

3. *Lejos del terruño. La dimensión política* 256

Tiempos difíciles.- Reflexionando sobre la política.- ¿Qué pensó Tomás acerca del conflicto de poderes entre el Papa y el Emperador?- Una posición fundamental dualista y autonomista.- Diferenciación e integración.- Respuesta por elevación y metafísica: integración de la perspectiva aristotélica y la cristiana.- Recapitulando: la actitud de Tomás ante el poder.

Capítulo 6: ESTUDIANTE EN PARÍS (1245-1248)

Y COLONIA (1248-1252) 278

1. *Estudiante en París con Maestro Alberto (1245-1248)* 278

En el barrio latino.- Maestro Alberto de Bollstädt.- La fe y la razón. El argumento de Anselmo de Canterbury.- Otras perspectivas intelectuales.- Pseudo-Dionisio, teología negativa y experiencia del Misterio.- El filósofo, el teólogo y el hombre religioso.- Desbrozando el camino de la ciencia natural.

2. *En Colonia (1248- 1252)* 295

Tras los pasos del maestro.- El buey mudo.- Años de estudio y ordenación sacerdotal.- Modelo de identificación.

3. *El redescubrimiento de Aristóteles* 303

Un conocimiento progresivo.- La mediación de intelectuales árabes y judíos.- Avicena, Ibn Sina (980-1037).- Ibn Rusd, Averroes (1126-1198).- Maimónides (1135-1204).- Una revolución intelectual.

4. *La Edad de la Escolástica* 312

Escuelas y Universidades.- La Facultad de Teología.- Sumas, cuestiones, tratados, comentarios y disputas.- Unidad de método, ¿unidad doctrinal y espiritual?- ¿Sistema o afán de integración?

Capítulo 7: LAS MIELES Y LAS HIELES. PRIMERA ETAPA

COMO PROFESOR EN PARÍS (1252-1259) 322

1. *«Baccalaureus», bachiller (1252-1256)* 322

De Colonia a París.- La función del bachiller.- ¿Bachiller bíblico? Bachiller sentenciarío.

Índice general

2. «Comentario a las Sentencias», «Sobre el ser y la esencia» y «Sobre los principios de la Naturaleza»	327
El «Comentario a las Sentencias». - El «De ente et essentia» como muestra ejemplar.- El contenido nuclear del «De ente et essentia» y el «De principiis naturae». - La infraestructura racional de la fe religiosa.	
3. La aportación del aristotelismo y sus problemas	333
Un impacto temprano que se afianza progresivamente.- Algunas posturas en contra.- Prohibición, tolerancia y recomendación.	
4. Una aspiración razonable y muchas resistencias	340
Una toma de posesión controvertida.- Los nuevos «hermanos» dominicos y su opción por lo intelectual.- En la Universidad.- Un poco de historia: Tensiones en París a lo largo de todo el siglo XIII.- Una huelga general.- Ventaja para los dominicos.- Los franciscanos.	
5. La polémica anti-mendicantes de los años cincuenta	354
Guillermo de Saint-Amour, el instigador de la campaña.- La variable intervención de los Pontífices.- La respuesta de Tomás a las ideas expuestas por Guillermo de Saint-Amour.	
6. «Magister regens» (1256-1259)	361
Un comienzo difícil.- La graduación de Tomás como maestro y su «Lectio inauguralis». - El contenido de la «Lectio inaugralis»: a) Basamento bíblico, b) Inspiración patrística, c) Ausencia de Aristóteles, d) Actitud humilde y religiosa, temple sereno y elevado.- Las tareas del maestro.- Las mieles y las hieles. Un desempeño tenso hasta el final.	
 Capítulo 8: ITALIA (1259-1268). EL EMPEÑO TEOLÓGICO	
DE UN «MAGISTER» SIN CÁTEDRA	378
1. Afianzamiento a contrapelo del proyecto de Tomás	378
Un propósito institucional algo confuso.- El camino de las dignidades eclesiásticas.- Una vida itinerante.- Algunas dudas personales y una firme determinación.- Destinos sucesivos: Nápoles (o Anagni), Orvieto, Roma y Viterbo.	
2. Condiciones objetivas	392
Una ingente producción intelectual.- El apoyo de la Orden y un entorno que coopera.- Rainaldo de Priverno.- Guillermo de Moerbeke-. Centrado sobre un foco prioritario.	

<i>3. Una misión irrenunciable con respecto a la verdad</i>	401
Misión propia e irrenunciable.- Una verdad serena y compartida.- Una gran concentración.- Trascendiendo la barrera del espacio y el tiempo.- Tomás y la Inquisición.	
<i>4. Algunas obras de relieve singular</i>	416
La «Suma contra los gentiles» o «Libro sobre la verdad cristiana contra los errores de los que no creen en ella».- El «Compendio de Teología».- «Quaestiones disputatae», «quaestiones quodlibetales», consultas, Comentarios y otros textos.	
Capítulo 9: LA SEGUNDA DOCENCIA PARISINA (1268-1272)	
Y EL INGENEJO ESFUERZO DE LA «SUMMA THEOLOGIAE»	431
<i>1. De nuevo en París (1268-1272)</i>	431
Otra vez en el ojo del huracán.- De nuevo en defensa de los mendicantes.- La opción aristotélica.- La oposición de los teólogos. Buenaventura, Peckham y los agustinistas conservadores.- Diálogo y debate con los filósofos «averrroístas». Síger de Brabante.- La confrontación antropológica: el hombre y su alma. Unidad, espiritualidad e inmortalidad.- ¿Eternidad del mundo versus creación?- Más allá del escarceo dialéctico. La búsqueda de una verdad reconocible como tal.	
<i>2. La «Suma de Teología». Una síntesis filosófico-teológica matizada y compleja</i>	451
Una obra amplia y sistemáticamente organizada.- Una obra largamente trabajada.- Un proyecto intelectualmente muy ambicioso:	
A) UNA ELABORACIÓN TEOLÓGICA GLOBAL, ORGANIZADA Y DE EQUILIBRIOS MÚLTIPLES	
B) UNA FUNDAMENTACIÓN METAFÍSICA DE LA FE EN DIOS DE GRAN ENVERGADURA: Inquietud religiosa y filosofía del ser.- Dos ejes fundamentales de la metafísica tomista: necesidad-contingencia, perfección-participación.- La «analogía del ser» y el difícil lenguaje sobre Dios.	
C) UNA CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA, EPISTEMOLÓGICA Y ÉTICA INNOVADORA Y COHERENTE	

Índice general

Capítulo 10: REGRESO A NÁPOLES Y VIAJE FINAL (1272-1274)	474
1. <i>Finalmente Nápoles</i>	474
Despedida de París.- Un profesor maduro en la nueva Facultad de Teología de Nápoles.- La «Tertia Pars».- «Bene scripsisti de me».	
2. <i>El último viaje</i>	489
«Como paja». El silencio de Tomás.- En viaje hacia el II conci- lio de Lyon.- «In pace Domini».	
3. <i>Algunas consideraciones post mortem</i>	498
El recuerdo inmediato de Tomás: olor de santidad, amor a la verdad, ¿asesinato?- Los restos corporales de Tomás.- La obra de Tomás: condenas e impugnaciones, canonización y exaltación.	
1. Apéndice cronológico	515
2. Apéndice bibliográfico	531
NOTAS	551

AGRADECIMIENTOS

Este libro, como quizás sucede con la mayoría, no hubiera sido posible sin el concurso generoso de muchas personas. Agradecerles la parte que han puesto en esta obra no es un gesto de complacencia por mi parte, sino un acto de justicia.

En primer lugar, apenas puedo enfatizar lo suficiente la ayuda recibida de mi colega y amigo José María Jiménez Ruiz, catedrático de Filosofía de Enseñanza Secundaria y versátil escritor. Su atenta y empática lectura de los primeros manuscritos de mi libro, su amable, perspicaz y minuciosa corrección de todos los detalles, su propuesta paciente e imaginativa de mejores alternativas expresivas, me han significado contribuciones valiosísimas. A esta ayuda se ha sumado la de otra amiga extraordinariamente generosa y eficaz: Maribel Zurro, cuya lectura vigilante ha contribuido también a depurar mi escrito de repeticiones, aclararlo de estilo y mejorar su comprensibilidad.

Debo rendir también un homenaje especial de gratitud, y lo hago igualmente muy gustoso, a otras cuatro personas cuya conversación ha sido para mí un verdadero regalo de los cielos. Se trata de Miguel Ángel Ladero, catedrático de Historia medieval en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Real Academia de la Historia, José Sánchez Herrero, catedrático de Historia medieval y de la Iglesia en la Universidad de Sevilla, Jesús Carrasco, doctor en Historia y especialista en Historia del judaísmo español tardomedieval, y María Asenjo, profesora titular de Historia medieval en la Universidad Complutense. Nuestros peripatéticos paseos por Guadarrama, a veces hasta bien

entrada la noche, me han iluminado aspectos que me resultaban desconocidos u oscuros del complejo mundo del Medievo, en el que ellos son expertos destacados. A diversos niveles, me han enriquecido enormemente los escritos de cada uno de ellos, sobre todo el denso volumen de *Historia Universal de la Edad Media* de Miguel Ángel Ladero y la muy elaborada *Historia de la Iglesia en la Edad Media* de José Sánchez Herrero. La infinidad de precisiones que han aportado a mi modesto conocimiento de la Edad Media, cada uno a su modo, tiene para mí un valor incalculable.

Igualmente debo agradecer sus observaciones a cuantos han leído fragmentos de mi texto relacionados con su especialidad (sea ésta la vida monástica, Italia o la filosofía o la teología medieval) y me han aportado sus valiosas puntualizaciones: sería muy larga su enumeración y correría el doble riesgo de fatigar al lector y ser injusto por omisión. No puedo, en todo caso, dejar de mencionar al dominico Gregorio Celada, profesor del Estudio Teológico San Esteban de Salamanca, y, a mi humilde modo de ver, uno de los más modernos y atinados intérpretes actuales de la obra y la figura de Tomás de Aquino: él me ha facilitado enormemente el acceso a fuentes documentales difíciles de conseguir en España en otro sitio que no sea su Centro; además, sus consejos, orientaciones e indicaciones me han resultado de un valor inestimable. Tampoco puedo omitir el reconocimiento a la ayuda recibida de los profesores y amigos Manuel Fraijó, catedrático de Filosofía de la religión y actual decano de la Facultad de Filosofía de la UNED, y José Gómez Caffarena, investigador del CSIC y ex profesor emérito de Metafísica en la Facultad de Filosofía de la Universidad Comillas de Madrid. Ambos, a pesar de sus graves responsabilidades y su escaso tiempo disponible, han prestado oído en varias ocasiones a mis inquietudes, tanto filosóficas como teológicas, y me han ayudado a enfocarlas adecuadamente.

En un sentido diferente, mi libro debe mucho al Dr. César Barrios, de la Unidad de Transplante Hepático del Hospital Puerta de Hierro de Madrid, y a todos y cada uno de los componentes de esa Unidad hospitalaria. Su competencia profesional y su sensibilidad humana han hecho posible para mí, no sólo la prolongación temporal de mi vida biológica, sino también que el tenso lapso pasado en la lista de espera y el período lento y erizado de dificultades del postoperatorio hayan podido constituir un *tempus* propicio para la redacción de este libro.

Agradecimientos

Finalmente, aunque en absoluto en último lugar, tengo que agradecer a mi familia la infinita paciencia de que me han dado muestras en el proceso, realmente largo, de tensa y absorbente elaboración de este trabajo. Mis hijos José Ignacio, Luis y César han encontrado muchas veces, quizá demasiadas, a un padre abstraído en sus cavilaciones medievales y rodeado de libros, fichas y papeles. Espero que ello no les haya provocado la ira reprimida ni la indignación de quien se siente obligado injustamente a experimentar una suerte de orfandad inducida y, por tanto, cruel. Más bien confío en que mi intensa dedicación al trabajo de investigador y de escritor les haya ayudado a madurar en un afrontamiento responsable de las obligaciones de la vida. Por lo demás, sé de sobra que no les ha impedido vivir con alegría su primera juventud y aun librarse con entusiasmo a sus aficiones respectivas de guitarrista, cantautor y competidor de *Counter Strike*. A mi esposa, Mavi Cobo, apenas podría expresar aquí cuánto, en todos los sentidos, le debe este libro. Tengo que agradecerle inmensamente su paciencia respetuosa, su capacidad de apoyo y de renuncia, y su dedicación profesional a un trabajo, el de psicoanalista, del que tanto he recibido y sigo recibiendo. Además, como primera lectora atenta y perspicaz de los sucesivos manuscritos, le debo a ella bastantes correcciones y observaciones atinadas, que sin duda han ayudado a mejorar el texto inicial.

Con tantas ayudas, apenas me ha restado a mí otra cosa que dedicarme con empeño a zambullirme en el mundo interno de Tomás y en su contexto para intentar comprenderlos, y después esforzarme en reflejar el resultado de mi indagación lo menos torpemente que he podido. A mí, pues, en exclusiva se me deben atribuir todos los defectos de este libro.

Introducción INTENTANDO LOGRAR UNA ÓPTICA ADECUADA

París, primavera 1274

Queridos hermanos: Antes de que procedamos a la celebración simple del oficio vespertino, quiero confirmaros a todos una triste noticia. Hace sólo unos días ha fallecido fray Tomás de Aquino, el Maestro napolitano al que la mayor parte de nosotros conocimos, ya que vivió en este humilde convento hasta hace un par de años. Todos le estimamos como profesor, como predicador y como hermano. Hoy le deseamos paz eterna.

Como algunos de vosotros recordáis, había vivido aquí en varias ocasiones. Lo hizo, en efecto, si es que la mente no me falla y el archivo prioral ha sido cumplimentado y custodiado diligentemente, primero entre 1245 y 1248 como novicio y estudiante de Artes y Sagrada Teología; luego, entre 1252 y 1259, como bachiller sentenciario y como Maestro de la Facultad de Teología. Como tal, le tocó defender, junto a Buenaventura, el sucesor de Francisco de Asís, el derecho de los mendicantes a formar parte del claustro de Maestros de la Universidad; y a fe que su defensa fue tupida y tenaz, pero también fue siempre argumentada y, sobre todo, cargada de razón. Finalmente, volvió a vivir aquí en 1268 y aquí estudió, escribió y enseñó desde entonces hasta que, en 1272, partió para Nápoles, en su tierra natal del Reino de Sicilia. Ha destacado —nosotros lo sabemos— como religioso bienaventurado, como hermano silencioso y ejemplar, como estudioso incansable de la Santa Escritura y de los textos del filó-

sofo Aristóteles, como profesor maduro lleno de ingenio y agudeza, como intenso a la vez que templado polemista, como escritor muy prolífico de cuestiones académico-teológicas.

Esta misma tarde he recibido un mensaje de nuestro Maestro general, Juan de Vercelli, en el que me confirma la triste noticia de su muerte, noticia que, como sabéis, ha recorrido estos días, como un rumor expansivo, los ambientes universitarios y eclesiásticos de París, nuestra ciudad: «Ha fallecido —me dice al comienzo— nuestro hermano Tomás. Elevemos por él nuestras preces y vigilemos la actividad conspirativa de sus adversarios, que son también los de todos nosotros».

Queridos hermanos, la luz y la sombra se extienden por igual sobre el significado de la obra de nuestro conocido hermano. El mismo Papa le había convocado para que, como teólogo, aportara sus puntos de vista en el concilio que dentro de poco más de un mes se inaugurará en Lyon. Aquí en París, como sabéis, el obispo Esteban Tempier parece dispuesto a firmar, instigado por los enemigos de Tomás, la condena de no sé cuántas tesis defendidas, al parecer, por él en sus múltiples escritos. El destino que haya de esperar a sus doctrinas está en manos de Dios, o quizás del azar.

A nosotros sólo nos cumple ahora encomendar al Salvador el espíritu de nuestro hermano fallecido, para que el Juez Supremo aprecie la pureza de sus intenciones y juzgue con benevolencia misericordiosa la responsabilidad de sus actos. ¡Que Dios lo tenga en paz!

Acababa de hablar el prior del convento de Santiago, de los dominicos, de París. Era el atardecer de un día soleado de cuaresma, a finales de marzo de 1274. Tomás —informaba Vercelli— iba de viaje desde Nápoles a Lyon para cumplir el deseo del Papa de que participara en el Concilio, cuando percibió que llegaba su final. Aquejado por un intenso dolor de cabeza y un creciente malestar general, le resultó imposible continuar la marcha. Pidió que lo llevaran a la abadía cisterciense de Fossanova, donde fue acogido como huésped (*hospitem sicut Christum*, «recibid al huésped como a Cristo» —había recomendado san Benito—). En los días siguientes se sintió peor y pidió permanecer en la abadía. Y allí le sorprendió la muerte en la mañana del día 7 de marzo.

Un silencio enigmático

Tomás murió muy lejos de París, de Nápoles y de la Corte Pontificia, los tres escenarios convulsos en que se había desarrollado la parte principal de su ajetreada actividad intelectual. En la soledad de una celda monástica y acompañado solamente por Rainaldo de Priverno, su entrañable secretario y amigo, y por los rezos y cuidados de los monjes de san Benito, rezos y cuidados a los que había sido encomendado en Montecasino en su más temprana infancia.

En realidad —según informaba el Maestro general—, antes de partir para el II concilio de Lyon Tomás llevaba ya tres meses abstraído, sumido en un misterioso silencio, incomprensible para los que le rodeaban. En efecto, el día 6 de diciembre de 1273 había decidido no volver a coger la pluma ni a dictar, como solía, a su secretario fray Rainaldo de Priverno ninguno más de sus comentarios y cuestiones, ni siquiera uno de los artículos, argumentos o respuestas que aún faltaban para concluir la Parte III de la *Suma de Teología*.

Este silencio misterioso, que ocupa los tres meses finales de la vida de Tomás, recuerda otro silencio que en él resultaba familiar: aquel al que aludían sus compañeros de estudios cuando le apodaban *mutus bos*, «el buey mudo».

Las dificultades normales de la vida (y quizá unas pocas más)

Tomás de Aquino, mientras vivió y a pesar de la apariencia más bien alegre y optimista, aunque rigurosa, de la mayoría de sus escritos, no tuvo demasiada buena suerte. Ni la tuvo, como veremos, en muchos de los avatares de su vida, ni tampoco en los años inmediatamente posteriores a su muerte. En efecto, su familia le separó de su seno a la temprana edad de 5 años y no le comprendió ni le respetó cuando quiso decidir por sí mismo su camino. Su acceso como profesor a la Universidad se vio envuelto en un clima no sólo de polémica, sino propiamente de algarada. Luego tuvo que desarrollar el ingente trabajo intelectual que se había impuesto como tarea propia en un clima sembrado de obligaciones múltiples, de disputas sin cuento, de adversarios enconados, algunos de ellos de su propio bando. A la hora de su muerte,

no recibió más honores que las oraciones de unos monjes a los que no conocía. Tras su último suspiro, fue perseguido encarnizadamente por los mismos que acabarían exaltándole pasados unos años. Tuvo que afrontar la soledad de ver que sus amigos filósofos le consideraban demasiado ortodoxo, mientras las sospechas de heterodoxia de sus colegas teólogos se cernían sobre él. No pudo, ni quizás quiso, disfrutar el consuelo engañoso de saberse portavoz autorizado de los propios (¿quiénes eran los propios?, ¿quiénes los ajenos?). Y tampoco el de ser considerado un disidente radical, perseguido y temido.

Finalmente no murió tranquilo en su convento, rodeado de los suyos, sino en la solitaria celda del escondido monasterio cisterciense en el que se había detenido a pernoctar cuando iba de viaje y se encontraba mal, y donde había tenido que pedir cobijo durante más tiempo del previsto porque estaba realmente muy enfermo. Al fin y al cabo no murió en una cárcel o en una celda de castigo, ni huyendo de nadie que le persiguiera —lo que habría convertido el relato de su vida en objeto de un apetecible tratamiento novelesco y quizás, a la vez, en ocasión de un alegato reivindicador y apologético—; pero no, el último viaje que emprendió Tomás le conducía a Lyon, al concilio convocado en 1274 por el papa Gregorio X y al que él iba, no como acusado (eso sucedió siglo y medio después con Jan Huss y el concilio de Constanza, 1414-1418), ni como proscrito, ni siquiera como un recuperado o rehabilitado disidente, sino sencillamente como un teólogo más entre los asesores incluidos en la corte pontificia.

Visto desde fuera, todo tiene el aspecto, en la historia de Tomás, de una anodina aventura de normalidad. Y, sin embargo, cuando investigamos un poco bajo esa superficie de apariencia relativamente ordinaria, descubrimos enseguida el misterioso e incitante atractivo de una vida profunda, reflexiva y creadora: la vida del más extraordinario quizás de los teólogos de la época medieval y uno de los dos o tres que más han influido en toda la historia de la civilización cristiana.

Como cada uno de los intelectuales solventes que ha producido nuestra especie, y muy lejos de los fantasiosos relatos imaginativos, hagiográficos y ensalzadores, de la mayoría de sus biógrafos, Tomás fue un ser humano común y responsable, un esforzado profesor que pasó

Intentando lograr una óptica adecuada

largas horas estudiando, pensando, escribiendo, preparando sus clases... Tuvo éxitos y fracasos, días de gloria y días de confusión, momentos en que sintió que iluminaba los problemas más agudos de su tiempo (problemas quizá muy diferentes a los que hoy nos preocupan a nosotros) y momentos en que sus rivales intelectuales parecían tenerle por completo ganada la partida.

¿Con quién compartió sus días de acierto y de triunfo? ¿Por quién se sintió acompañado en sus abatimientos, sus dificultades, sus angustias y sus penas? ¿Cómo logró perseverar en su tarea frente al desánimo? ¿Por qué no se dio por vencido ante el poder, aparentemente mayor, de sus adversarios? ¿Cómo es que no se abatió ante la incomprendición, la soledad intelectual, la falta de acogida, de elegancia y de generosidad de sus colegas ante las ideas novedosas y profundas que él exponía? ¿Le bastó la confianza y el apoyo de su maestro Alberto, la admiración de los más perspicaces de sus propios discípulos, la matizada complicidad de sus hermanos dominicos? ¿Tuvo algunas otras experiencias de gratificación? ¿Cuál es el fundamento de la asertividad tranquila, paciente y laboriosa con que siempre continuó trabajando en la construcción y el perfilado de sus ideas?

Tomás no parece un colérico ni un soberbio pagado de sí. Sí fue, quizás, todo lo tenaz, meticuloso, paciente y obsesivo que se necesita ser para dedicarse al trabajo especulativo, sea éste científico o puramente metafísico o teológico. Sus compañeros de estudio en la Universidad de París le pusieron, como he dicho unas líneas más arriba, el mote de «buey mudo» o «buey mudo de Sicilia». Se trata de un apodo que denota más desprecio que cariño. Tal vez, como suele suceder, le fue impuesto con base en algún sucedido desconocido por nosotros y explotado con irónica saña por algún compañero envidioso. Probablemente tenga que ver con algún comentario hilarante sobre su necesidad de «rumiar» lenta y asimilativamente las ideas. O con su propensión a callar y abstraerse, la mirada perdida en un lugar indeterminado del espacio vacío. Quizás el mote se relacione, más bien, con el aspecto físico voluminoso de Tomás, con su facha de ensimismamiento feliz, como el de un bóvido haciendo una lenta y pesada digestión; e incluso simplemente con una posible (aunque no confirmada) tendencia suya a la ingesta distraída de alimentos, quizá un tanto voraz.

Una aportación trascendental

Tomás logró lo que muy pocos como él han conseguido: colocarse por encima de las vanidades pasajeras y de las pequeñas rencillas de su entorno. Fue capaz de trascender los éxitos y los fracasos, las luces y las sombras que jalonaron una carrera académica, la suya, que suscitó, como suele suceder, felicitaciones, envidias y rivalidades. Él se supo situar más allá de los pequeños triunfos intelectuales y de los sinsabores producidos por las zancadillas de colegas, compañeros, superiores y maestros. Gracias a su magnanimitud y su tesón, a su modestia, su resistencia y su asertividad, a su incansable persistencia en el trabajo bien llevado a cabo, Tomás logró que su obra quedara ahí como un hito inolvidable en la historia del pensamiento. Su propia figura destaca como pocas, quizá no más de una docena, en la selecta lista de aquellos que han marcado de modo creativo y potente el curso, no sólo de la teología o la filosofía, sino en general de la historia del pensamiento occidental. Por eso nos seguimos preguntando qué es lo que él aportó, así como también si esa aportación contiene aún hoy algunos elementos válidos, y cuáles.

Pero, cuando miramos las cosas con detalle, enseguida nos llega el desencanto: hay tanta distancia entre los problemas que a él le interesaron, los conceptos con que les hizo frente y el mismo estilo literario que empleó, y los problemas, los conceptos y el estilo con que hoy nosotros estamos familiarizados, que nos parece punto menos que imposible la tarea de acercarnos con cierta simpatía a la obra de Tomás (y a su persona). Más aún si atendemos al uso, predominantemente ideológico e interesado, que han hecho de su obra instancias eclesiásticas y políticas conservadoras o, más bien, reaccionarias. No resulta fácil hoy, por todo ello, acercarse a Tomás con una cierta empatía. Y eso aun a sabiendas de que se trata, como acabo de decir, de uno de los grandes autores de la historia del pensamiento occidental.

Si queremos, pues, saber a qué atenernos sobre la aportación del más grande de los filósofos-teólogos de toda la Edad Media y, en cierto modo, si queremos avanzar un balance, al menos tentativo, de lo que esa época en sí misma representa y del legado que ella nos dejó, creo que resulta necesario, lo primero de todo, intentar comprender a Tomás en el contexto problemático y complejo de su tiempo, un tiempo bastante

más cercano al nuestro y bastante más condicionante de la historia posterior de lo que se suele conceder. Me parece que es muy importante, por todo ello, que empecemos por reconstruir mentalmente el ambiente espiritual, social, económico y político del siglo XIII (un siglo, insisto, más innovador, optimista y expansivo en todos los terrenos de lo que se espera cuando se lo sitúa, sin más, como uno de los siglos finales de la Edad Media)¹. Una vez situados ahí, quizá la figura de Tomás adquiera los tintes fuertes pero matizados que la singularizan. Quizás su obra y su legado (lo que se ha denominado demasiado abstractamente *el tomismo*, como si se tratara de un objeto intemporal, sin origen ni vinculación histórica, y sin fecha de caducidad) acabe llamando nuestra atención como justamente se merece, es decir, como una producción intelectual y cultural excelente, que puede y debe ser considerada, repensada y discutida; no como un elenco de citas y aforismos que pueden ser aducidos de memoria y sin pensar, ni como un catecismo o recetario de fórmulas mágicas que contienen, para bien o para mal, una formulación quintaesenciada (y desvitalizada) de la «ortodoxia» católica.

El factor humano

Para ello quizá se hace imprescindible preguntarnos por el personaje, o mejor por la *persona*, que sostiene todo el edificio de eso que se ha denominado, tan abstracta e intemporalmente, el *tomismo*. Hemos, pues, de preguntarnos por Tomás y por su vida, por su modo de ser, sus motivaciones y sus intereses vitales. ¿Cómo fue Tomás de Aquino? ¿Cuáles pudieron ser sus alegrías y sus tristezas, sus intereses y sus racionalizaciones, sus momentos amargos y sus exultaciones, sus ilusiones, sus desencantos y sus esperanzas? ¿En qué tipo de personalidad pudo un carácter como el suyo, quizá en efecto algo obsesivo y voraz, dar un personaje inteligente y productivo, agudo, tenaz y bastante tolerante? ¿Cómo fue realmente Tomás? ¿Un profesor que atacó desde dentro la autonomía universitaria para defender los intereses estratégico-intelectuales del papado y de sus peones de brega, los frailes mendicantes? ¿O un intelectual independiente de criterio que, en la convulsa Universidad de París, no dudó en someterse al fuego cruzado de conservadores y revolucionarios para defender una postura tan

acogedora de las nuevas ideas y los nuevos enfoques como diestra en el uso de los métodos tradicionales (*lectio, quaestio, disputatio...*)?². ¿No fue la suya una actitud madura, matizada, muy equilibrada; tan inconformista e innovadora que fue tomada por herética, tan rigurosa cuan desafecta a toda bandería; y, sobre todo, enormemente responsable ante la cuestión de la verdad? ¿Fue Tomás, como nos han transmitido los mejores de sus biógrafos, un profesor y escritor incansable, dialécticamente incisivo, bastante claro y profundo en sus exposiciones, y a la vez bonachón, más bien tranquilo, risueño, aunque firme... y con un optimismo incombustible y envidiable? ¿Fue realmente el más grande filósofo-teólogo cristiano de todos los tiempos, el *Doctor communis* o *Doctor angelicus*? ¿O fue uno de esos «frailes de cabeza tonsurada», como dice Ortega, incapaces de entender los conceptos griegos, y que, siguiendo una filosofía más apropiada para la escuela que para la vida, trabajaron «no para entender los problemas, lo que las cosas son, sino... lo que otros pensaron sobre ellas y expresaron en ciertos términos»³?

Si queremos, pues, entender el significado y la posible vigencia del tomismo (o mejor, de ciertas intuiciones y enfoques especialmente favorables del mismo, ya que, contra lo que piensan los más acérrimos entre sus defensores, no hay sistema que perdure globalmente traspasando la barrera de los siglos), estamos abocados a adentrarnos por el camino de la narración y de la indagación biográfica. Algo que hacemos con placer, ya que el hombre actual desconfía, con razón, más de los aparatos conceptuales especulativos que de las narraciones históricas o históricobiográficas.

La presente biografía no pretende sólo centrar un poco la atención del lector en el «perfil psicológico» de Tomás y en algunas anécdotas relevantes de su vida, para luego ensalzar enfáticamente el imponente despliegue de su obra o la ejemplaridad de su temple vital. Esto significaría que nos habríamos dejado vencer por la fascinación de lo folletinesco y por la estética banalizadora, falsificadora y de consumo, tan característica de los *reality show* ahora a la moda. Así, *mutatis mutandis*, estaríamos reincidiendo en el carácter encomiástico y panegirista, y por tanto muy poco fiable, de las primeras narraciones de la vida de Tomás, escritas en su mayor parte al hilo de su proceso de canonización, o de las hagiografías piadosas posteriores. Para ese viaje no necesitaríamos alforjas.

Intentando lograr una óptica adecuada

Tampoco pretendemos, en absoluto, añadir uno más a los ya muchos estudios existentes sobre el perfil intelectual de la filosofía y la teología de santo Tomás o sobre algún aspecto de las mismas. No. A nuestra obra la guía, por encima de todo, el interés humano, biográfico. No nos habríamos esforzado tanto por un interés básicamente doctrinal. Por lo demás, intentar aportar algo nuevo al respecto hubiera sido un objetivo ingrato y muy difícil de cubrir. Ingrato, dada la naturaleza abstracta, metafísica y muy técnica de los textos de Tomás. Difícil de cubrir, o cuando menos de lograrlo con rigor suficiente, ya que la mera enunciación de los libros y artículos publicados sobre las doctrinas tomasianas ocuparía tantas páginas como pueda tener un libro como éste; dar cuenta de ellos (y leerlos) resultaría bastante aburrido y, a la postre, imposible. Sin embargo, creo que merece la pena preguntarnos cuál fue el curso de la vida de Tomás, cuál el propósito que la articuló dando sentido a todas sus actividades y cuál fue o pudo ser el talante, el carácter y la personalidad de nuestro personaje, quizá el más significativo de los intelectuales del decisivo siglo XIII.

Hasta hace poco, las exposiciones usuales sobre la aportación de alguno de los grandes filósofos han solidamente olvidado la importancia que tiene el esclarecimiento de las circunstancias de la vida de cada autor para comprender la intención y el sentido que para él mismo tenía su producción intelectual. Así la mayoría de las exposiciones monográficas, y también las Historias de la Filosofía, convertidas por lo general en exhibiciones sistemáticas de conjuntos doctrinales, producen la enojosa sensación de tratar tales conjuntos como si éstos fueran realidades substantivas subsistentes e inmutables. Tales exposiciones, por lo general, tienen muy poco en cuenta el contexto histórico, político y social en que se ha producido cada una de las grandes obras de la filosofía. Ni siquiera prestan apenas la debida atención a la evolución intelectual que sus autores sufrieron a lo largo de su vida. Se trata, generalmente, de exposiciones doctrinales más o menos perfiladas y atinadas, en las que las ideas incluso parecen relacionarse entre ellas por encima de la intención de sus autores. Únicamente suelen ir precedidas, esas obras, de un breve esbozo de datos biográficos o históricos, a los que apenas se concede un carácter de inevitable contextualización, mínimamente significativa desde el punto de vista filosófico.

Hoy ya puede percibirse un cambio notable en esta consideración tan «idealista» de la historia de la filosofía o, mejor, de los filósofos. Este nuevo enfoque, más integrador, que tiene más en cuenta la influencia de los aspectos materiales, como también los psicológicos, en la gestación y la evolución de las ideas, ha producido en los últimos años algunos estudios muy logrados⁴. Y es de esperar que aún a ese enfoque le esté reservado en el futuro un amplio y fecundo desarrollo.

Lo biográfico

Ciertamente, sobre la vida de Tomás apenas tenemos más que un pequeño puñado de datos que sean fidedignos y que no resulten demasiado sospechosos de haber sido reelaborados, retocados, o simplemente inventados, por el natural afán edulcorante y enaltecedor de sus biógrafos, que son más bien hagiógrafos (y en este caso lo son por causas, al menos etimológicamente, bien justificadas). Pero nosotros debemos evitar cuidadosamente reincidir en lo hagiográfico. Nuestro relato de la vida de Tomás quiere, más bien, contar esa vida sin mitificaciones ni almidaramientos; hacerlo con el máximo que nos sea posible de rigor intelectual.

Para ello intentaremos (y valga esto como una sucinta declaración metodológica) ir combinando *lo biográfico* (que procuraremos extraer de las fuentes primarias, obviando el carácter hagiográfico de la mayor parte de las mismas y sometiendo a una depuración hermenéutica tanto los escritos que informan sobre Tomás como los textos redactados por él mismo, leídos como delatadores de su personalidad y de los avatares de su vida) y *lo histórico-contextual*, ya conocido por las investigaciones más solventes de los historiadores estudiosos del Medievo.

Vaya por delante una declaración, mitad metodológica, mitad referida a las convicciones críticas desde las que se escribe este libro: los textos de Tomás son feudatarios de las preocupaciones intelectuales (casi exclusiva y obsesivamente teológicas) de la época y son partícipes de un modo metafísico, formalista y racionalista de abordar las preguntas relacionadas con esas inquietudes. Fuera de ese paradigma (y nosotros nos hallamos muy fuera y lejos de él) muchas de las cuestiones y razonamientos desarrollados por Tomás dejan de tener sentido e interés.

Intentando lograr una óptica adecuada

Por eso nosotros no vamos a seguir los pormenores del pensamiento tomista, sino sólo nos asomaremos a sus grandes líneas, en cuanto ello puede aclararnos sobre la manera que tuvo él de enfrentarse a la existencia y sobre el modo como abordó su propio ser-en-el-mundo. Lo que nos interesa, por encima de todo, es el hombre Tomás, el intelectual Tomás; incluso, si se quiere, el santo Tomás; pero no, desde luego, un montón de doctrinas cosmológicas, antropológicas, morales, físicas, filosóficas y teológicas que llegaron a expresarse a través de su pluma en el siglo XIII y que algunos, a veces sin considerar atentamente el perfil actual de los problemas a que se refieren, pretenden darlas sin más como válidas hoy, si es que no perennemente.

En relación a esas opiniones de Tomás (ya que se trata de opiniones, no de axiomas, dogmas ni teoremas), puede, sin duda, resultar interesante intentar reconstruirlas en su significado histórico-contextual y descubrir la intención estratégico-intelectual que las guiaba, puede no carecer de sentido preguntarse acerca de la pervivencia en el tiempo y la posible vigencia de esa intención estratégica (y los enfoques que la materializan) en las circunstancias actuales, pero resulta intelectualmente pueril pretender que nadie hoy repita sin más formulaciones filosófico-teológicas medievales queriendo atribuirles el carácter a priori de verdad, como se recitaban hace menos de un siglo las fórmulas del catecismo.

Quizás esta última contundente afirmación requiera alguna aclaración.

No la «doctrina», ni el «sistema», sino la «posición intelectual»

Desde luego, con toda probabilidad Tomás no merecería nuestra atención si no hubiera escrito los libros que escribió y no hubiera defendido las ideas que defendió, algunas de ellas notoriamente originales y especialmente impactantes en su época. Pero lo que nos interesa hoy de su esfuerzo productivo no es tanto el hecho de que algunos, o muchos, o quizás nosotros mismos, podamos todavía hoy repetir las ideas de Tomás y encontrarles sentido o considerarlas acertadas. Eso puede ser importante, sin duda; pero lo será, en todo caso, no tanto por el hecho de que Tomás nos libre hoy de la difícil tarea de pensar, sino más bien porque él no se la haya ahorrado, y porque la haya acometido